



Con la colaboración
de la UNIVERSIDAD
PONTIFICIA
DE SALAMANCA

SE216725

SUPLEMENTO
Vida Nueva

EDITORIAL

Fieles y rebeldes

La relación entre las mujeres y la Iglesia católica es una historia compleja. Lealtad inquebrantable, rebelión, frustración y esperanza de cambio. En las últimas décadas, esta dinámica se ha vuelto aún más evidente. Por un lado, están las que abandonan por motivos varios que, muchas veces, tienen el denominador común de la decepción. “No fui yo quien dejó la Iglesia. Ella fue la que me dejó”, le dice una de ellas a **Lucia Capuzzi**. Hace veinte años, la mayoría de mujeres que abandonaban la Iglesia tenían unos cuarenta años. Actualmente, las jóvenes italianas menores de 30 años que se declaran católicas han descendido al 33 por ciento (hace diez años eran casi el doble), mientras que las que se definen ateas han pasado del 12 al 29,8 por ciento. Por otro lado, están las que permanecen y constituyen una fortaleza que contribuye a mantener viva la institución con su presencia activa y también denunciando lo que no funciona. “No puedo irme porque yo también estoy en esta barca que congrega a los que han creído y brinda un tesoro para todos (es decir, la fe y la vida de los que han creído), pero tampoco puedo quedarme indiferente porque la tormenta que azota con fuerza amenaza la credibilidad y la vida eclesial”, escribe la teóloga **Simona Segoloni**. También hay un número creciente de mujeres en una posición límite: se sitúan en un umbral simbólico practicando su fe pero expresando críticas hacia la jerarquía eclesial. Un “cruce continuo entre centro y periferia” en busca de “un dios distinto”, “el dios de las mujeres”. La abogada feminista cristiana, **Grazia Villa**, define así su viaje entre la fe y la rebelión. Las mujeres que quedan sostienen a la Iglesia, son su columna vertebral. Laicas, consagradas, catequistas, teólogas, casadas, solteras... Fieles que dedican su tiempo, energía y capacidades a sostener a la comunidad eclesial y hacer crecer el pensamiento. La fe que encarnan está viva y operativa, viene subestimada, pero es fundamental. Sin su compromiso, muchas parroquias y servicios sociales no podrían funcionar con tanta eficacia. Gracias a la mirada femenina, los estudios teológicos se enriquecen y abren nuevos horizontes. La cuestión de la igual dignidad de las mujeres se considera crucial para el futuro de la institución. El liderazgo femenino –dicen todas– no es solo una cuestión de justicia social, sino una necesidad espiritual y pastoral. El Sínodo también lo subraya. El Instrumentum laboris indica “la necesidad de dar un reconocimiento más pleno a los carismas, a la vocación y al papel de la mujer en todos los ámbitos de la vida de la Iglesia”.

DONNE CHIESA MONDO

Suplemento mensual

CONSEJO DE REDACCIÓN

RITANNA ARMENI
GABRIELLA BOTTANI
YVONNE DOHNA SCHLOBITTEN
CHIARA GIACCARDI
SHAHRZAD HOUSHMAND ZADEH
AMY-JILL LEVINE
GRAZIA LOPARCO
MARINELLA PERRONI
MARTA RODRÍGUEZ DÍAZ
CAROLA SUSANI
RITA PINCI (COORDINADORA)

EN REDACCIÓN

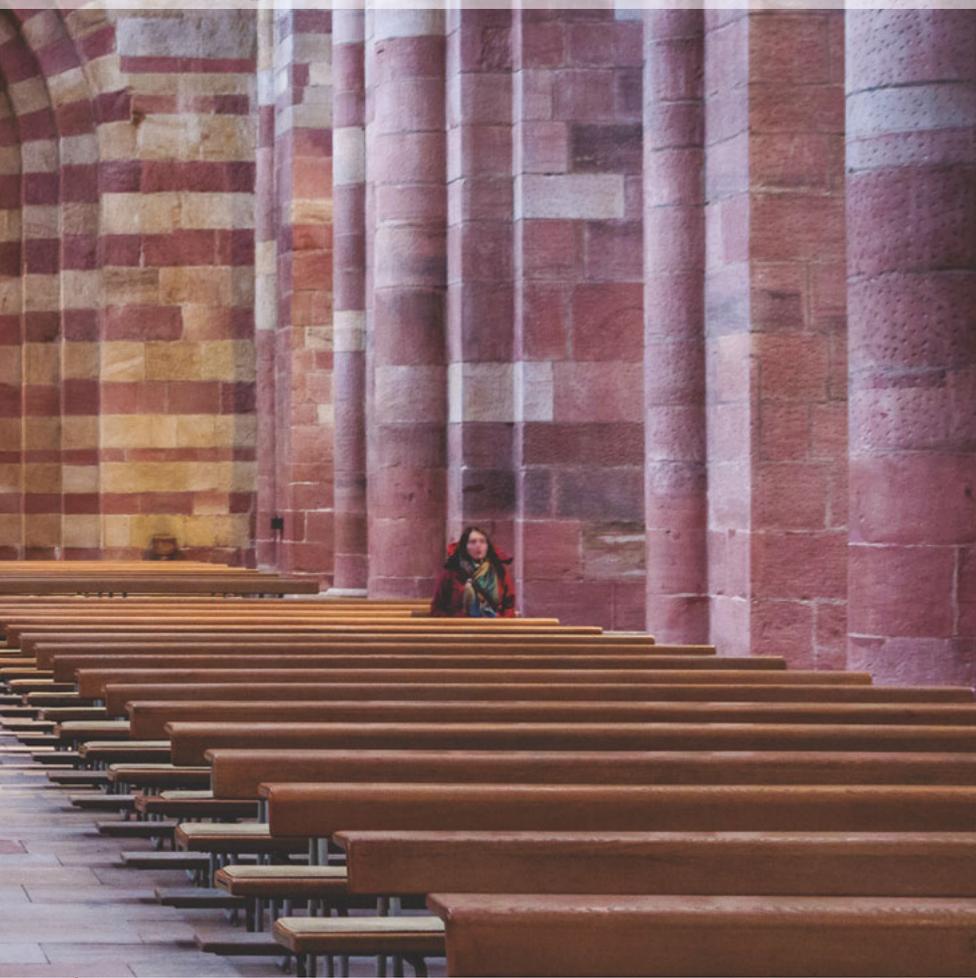
SILVIA GUIDI
VALERIA PENDEZZA

Esta edición especial en castellano (traducción de ÁNGELES CONDE) se distribuye de forma conjunta con VIDA NUEVA y no se venderá por separado

www.osservatoreromano.va

El éxodo silencioso

Cuarentañeras y la generación Z son las mujeres que más abandonan la Iglesia



catequesis, pero poco más. Ahora quería entender para volver a acercarme... No me dio ni tiempo. Como solo me casé por lo civil –aclaró inmediatamente– no podría darme ni la absolución ni la Eucaristía. No le había ni preguntado nada cuando ya empezó a enumerar una serie de reglas que no entendí para nada. No volví”. “Dirijo un grupo de investigación en medicina molecular –dice **Alice**, de 50 años–. Cada vez que entraba a la parroquia me sentía catapultada treinta años atrás. Allí, solo era una esposa y una madre, nada más. Solo se tienen en cuenta mis funciones de cuidadora. Dejé de ir a la parroquia”.

No son episodios aislados. Las mujeres del siglo XXI tienen montañas de “anécdotas” de este tipo en la Iglesia. En muchos casos, no son afirmaciones hostiles. En estos testimonios se puede escuchar la voz del Espíritu, afirma el teólogo estadounidense **Bradford Hinze**. La creciente desafección de las fieles podría ser un signo de los tiempos. El fenómeno está muy extendido, como subrayan las ciencias sociales. En Italia, el último *Informe Juventud* del Instituto Toniolo revela un verdadero éxodo de mujeres de la Iglesia.

Un fenómeno que comenzó casi de puntillas a partir de los años 60 y surgió con fuerza en las últimas décadas con la llamada generación Z (las nacidas entre 1996 y 2010). Ya en 2014, el teólogo **Armando Matteo**, hoy secretario del Dicasterio para la Doctrina de la Fe, llamó la atención sobre “la fuga de las cuarentañeras”. Sin embargo, no se le escuchó.

El 33 por ciento de las mujeres italianas menores de 30 años se declaran católicas, frente a hace diez años eran casi el doble, el 62 por ciento. Quienes se definen como ateas pasaron del 12 al 29,8 por ciento. Cifras similares a las de sus pares masculinos. Hasta ahora las fieles habían sido la excepción a la creciente desconfianza hacia las prácticas religiosas. Ahora ya sucede en Italia como en el resto de Europa.

Avance ecuménico

En Estados Unidos se ha producido incluso un avance en clave ecuménica. Según una reciente encuesta del Survey Center on American Life, el 54 por ciento de las jóvenes abandonan las distintas confesiones cristianas, frente al 46 por ciento de los jóvenes. “Una acumulación de experiencias negativas” es el motivo de este abandono, según el director de **Daniel Cox** y la coordinadora del programa e investigadora **Kelsey Eyre**. Un abandono silencioso, en general. “El sonido de una

LUCIA CAPUZZI

No fui yo quien dejó la Iglesia. Ella fue quien me dejó. De hecho, nunca me acogió realmente. Tardé algo de tiempo en entenderlo hasta que, de pronto, lo tuve claro. Recuerdo el momento exacto: estaba viendo el funeral de **Juan Pablo II** por televisión. Eran imágenes conmovedoras. Pero hubo algo que me molestó. Y así, de repente, tuve una revelación: todos eran hombres. ‘¿Dónde están las mujeres?’, me pregunté. Y sigo preguntándomelo. No fue fácil dejar de considerarme católica. Al principio me sentí culpable porque era como traicionar a mi familia. A veces, echo de menos a la comunidad. Pero no puedo volver atrás. Mis hijas, que tienen una mirada más distante, me han ayudado a ver las cosas con más claridad. ¿Por qué debería yo formar parte de una institución

que mantiene a las mujeres al margen y además justifica esta exclusión con razones doctrinales y teológicas?”.

Estas palabras de **Marta**, profesora de 60 años, transmiten el dolor de muchas.

Sabina, profesional de 46 años cuenta: “El otro día no aguanté más y me fui. Las palabras de la homilía fueron tan pedantes, vacías, irritantes... El sacerdote hablaba de **Adán** y **Eva**, pero a Eva no la conocía para nada. Y se sentía con derecho a hablar por ella y por todos: ‘las mujeres quieren esto, las mujeres están preparadas para aquello, las mujeres son capaces de lo otro’”.

Lina, trabajadora social de 38 años, dice: “Quería bautizar a mi hijo mayor. No estoy segura de por qué, fue un impulso. Cuando se lo dije al párroco, empezó a hacerme un tercer grado. En realidad, era yo quien quería hacerle preguntas sobre el Evangelio, **Jesús**, la fe. De niña había ido a

mujer que abandona la Iglesia es el de una sola mano aplaudiendo”, escribió hace un año, en una carta abierta al *National Catholic Reporter*, la periodista **Geraldine Gorman**, profesora de ciencias de la enfermería y activista por la no violencia.

Cada mujer tiene su propia lista personal de frustraciones vividas en el ambiente eclesial. El no reconocimiento de la emancipación obtenida, a pesar de las limitaciones en el ámbito civil, la creciente divergencia entre moral sexual y comportamiento individual, la exclusión de facto de puestos de responsabilidad y de los ministerios ordenados... “El simbólico femenino construido por la Iglesia es algo en lo que las mujeres concretas de esta época ya no pueden reconocerse”, afirma la teóloga **Selene Zorzi**. “Cada día, las mujeres católicas son testigo de cómo todos los papeles cruciales vienen confiados a los hombres como la celebración eucarística, la oración o el liderazgo de la comunidad... Incluso el lenguaje es masculino. A los ojos de la Iglesia, las mujeres son esencialmente madres y esposas y solo, en segundo lugar, trabajadoras. Quien no tiene familia heterosexual o hijos, o es soltero, no se siente reconocido”, subraya **Gunda Werner**, profesora de Dogmática en Alemania, y portavoz del Forum of Catholic women theologian.

El tema es recurrente en el norte del mundo, pero está empezando a surgir en otros lugares como en América Latina, donde es notoria la disminución de catequistas en los últimos años. Si los obispos del continente durante la Conferencia de Aparecida de 2007 hablaron de la ausencia de hombres en las comunidades eclesiales, la disminución revela un distanciamiento de las mujeres, especialmente de las jóvenes. Su decepción se expresa, más que con una “huida”, con una limitación de los tiempos y espacios de vida dedicados a la Iglesia. Algo similar ocurre en África y Asia.

El descontento femenino es un fenómeno global, a juzgar por la transversalidad geográfica con la que el grito de las mujeres emanó de las síntesis continentales presentadas en el Sínodo. El proceso de escucha y de discernimiento ha puesto la cuestión en primer plano. Un fruto fue la presencia sin precedentes en el Aula, en la primera sesión de octubre de 2023, de 54 “madres sinodales” con derecho a voto. “El Sínodo hizo que se percibiera claramente el malestar de las mujeres. Aún no se comprenden sus causas fundamentales. Escuchamos las palabras de las mujeres, pero muy poco las verdades

que esas palabras contienen. Al menos cuando implican una transformación en el interlocutor”, subraya la teóloga argentina **Carolina Bacher**, investigadora de la Universidad Católica Silva Henríquez de Santiago de Chile y experta en sinodalidad.

“La primera Asamblea expresó con gran claridad y sentido de responsabilidad, gracias a las mujeres presentes, el deseo de cambio. En este sentido, el Sínodo ha reiniciado el proceso de cambio de paradigma del Vaticano II, esa “revolución evangélica” de la que es el corazón palpitante una nueva relación entre varón y mujer, en **Jesús**, alejada de los estándares patriarcales de entonces y de ahora”, afirma el padre **Piero Coda**, secretario general de la Comisión Teológica Internacional.

Reconocimiento real

El Documento de síntesis pide con fuerza “un reconocimiento real y una valorización específica de la presencia y contribución de las mujeres y una promoción de las responsabilidades pastorales en la vida y la misión de la Iglesia”. “Solicitan mayor participación de las mujeres en los procesos de toma de decisiones y la reconsideración de su papel a partir de lo que ya es posible, tanto en la enseñanza como en la asignación de funciones dentro de las diócesis y en los procesos canónicos”, explica el padre **Giacomo Costa**, secretario especial del Sínodo sobre la sinodalidad.

La indicación es clara y no es necesario realizar más aclaraciones. Se trata de entender cómo ponerla en práctica. Sin esperar las conclusiones de la próxima reunión sinodal, el Papa **Francisco** ha confiado el asunto a uno de los diez grupos de trabajo.

La participación de las mujeres bautizadas en la vida eclesial será tratada por la quinta comisión, llamada a examinar “determinadas cuestiones teológicas y canónicas en torno a formas específicas de ministerialidad”. “La cuestión femenina es transversal y afecta a todos los grupos,

desde la formación hasta el debate sobre cuestiones éticas controvertidas. La decisión de confiarla a este último no debe interpretarse como una manera de sacar la cuestión del debate en el Aula que se centrará en la sinodalidad de la Iglesia, sino todo lo contrario. Significa que el tema ha surgido con fuerza. No se necesitan más debates, sino reflexiones oportunas para poder tomar las medidas necesarias”, subraya el padre Coda.

El momento es delicado. A las expectativas de muchas y muchos se suman los temores de cuantas y cuantos temen el riesgo de una deriva *gatopardesca* de un camino objetivamente complejo. Preocupaciones exacerbadas tras el aparente cierre de la posibilidad del diaconado femenino por parte del Pontífice en la entrevista de la CBS del pasado mayo. “Estamos en medio de un camino. Es fundamental, que ninguna de las partes interrumpa el diálogo. Este último no se concluirá hasta que ambas partes estén satisfechas –subraya Bacher–. Cualquier pronunciamiento debe enmarcarse en el horizonte de una conversación abierta en la que se tomen decisiones que expresen el acuerdo alcanzado.

Sería apropiado establecer estructuras en las que se pueda seguir debatiendo el conflicto y sacar a la luz las tensiones, sin miedo. A lo largo de la historia, la Iglesia se ha enfrentado en otras ocasiones a encendidos debates. Es la Tradición la que nos ofrece preciosas indicaciones sobre cómo proceder. El paradigma sigue lo recogido en las Actas del Concilio de Jerusalén cuando se decidió que los cristianos de otras tradiciones no estaban obligados a seguir las reglas del judaísmo. El principio invocado entonces por Pedro fue el de ‘no imponer más cargas de las necesarias’. Esto era válido entonces y lo es ahora. La ‘opción por los últimos’ es un criterio de discernimiento sinodal que discierne lo que el Espíritu quiere decir a la Iglesia de hoy”.



Hay una Iglesia que vale la pena

Desde mi experiencia, como no podía ser de otra manera, surge la certeza de que las mujeres se sienten y desean ser parte de la Iglesia. Esta experiencia personal ha pasado por diferentes países y culturas en Europa; pero, sobre todo, en el continente africano, desde cuya perspectiva me expreso.

Las mujeres descubren en la comunidad cristiana a Jesucristo

En primer lugar, diría que las mujeres encuentran a Jesucristo en el ámbito de una comunidad viva de fe, en la que pueden ser protagonistas de su propio proyecto de salvación. En nuestros días, al igual que en los orígenes del cristianismo y después a lo largo de los siglos, las mujeres se sienten atraídas por su figura, sus palabras y sus gestos; y dan respuesta a su llamada en las diferentes vocaciones dentro de la Iglesia.

Son mujeres que han conocido la profundidad de la gracia de Dios, manifestada en su Hijo; que se dispensa en las situaciones del día a día, las más sencillas y más profundamente humanas, como misericordia y compasión. En el contacto

ISABEL ALFARO

Las creyentes africanas no son espectadoras, sino agentes activos

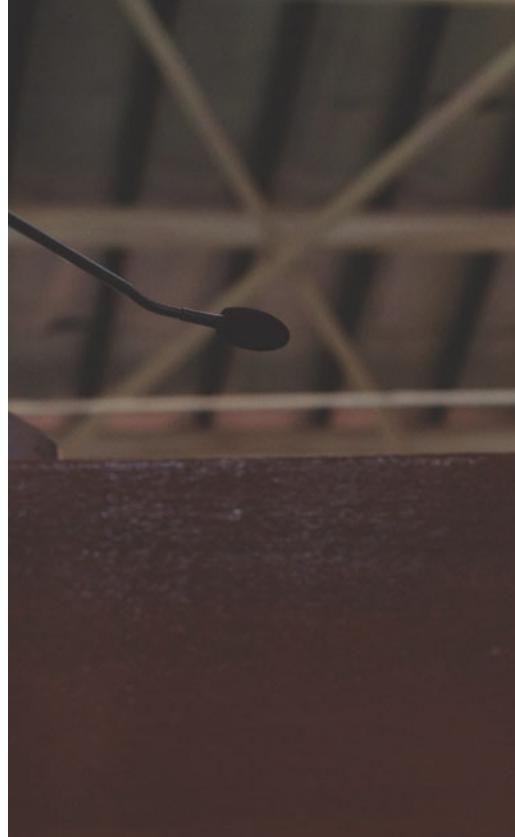
espiritual con la persona de Jesucristo, las mujeres han descubierto su propio valor, han realizado una experiencia interior de la salvación y liberación que ofrece. Él es fuente de paz, de profundidad espiritual y de bienestar individual. Es un discipulado que abre horizontes a su existencia humana y creyente en un mundo complejo.

Características de la Iglesia

El segundo elemento es la comunidad creyente, con las características propias que la Iglesia tiene en el continente africano. Goza de buena imagen, como institución y grupo humano. También tiene sus pecados, pero conserva un talante profético, de lucha por los derechos humanos, de acción social, solidaridad con los excluidos, diálogo político y pacificación social.

La sociedad reconoce a los cristianos un elevado nivel ético y de exigencia moral. Destacaré una ética que favorece la cuestión de género, porque a pesar de todo, en el seno del cristianismo africano, ha existido siempre un factor de dignificación de la mujer. Esto que en otros ámbitos se suele llamar discriminación positiva, ha sido una praxis constante en la misionación de África. Muchas mujeres se han educado en los internados y escuelas católicas, aunque no practicasen esta religión, y han conservado esos valores humanos y la conciencia del valor de ser mujer.

Además, la Iglesia en África no es una institución trasnochada, protagonizada solamente por varones, a los que se percibe alejados de la realidad; sino que la Iglesia está en medio de la vida del pueblo, protagonista de la sociedad y de las dinámicas de los grupos humanos. Esto es reconocido por las personas no católicas. O como nos ha evidenciado el Sínodo: sus características son "la comunión, la participación y misión". La Iglesia se define como una gran



familia, en la que todos los miembros se conocen, se apoyan, comparten las experiencias de la vida, rezan juntos, trabajan y esperan juntos la Jerusalén celeste.

Es una comunidad que cultiva la dimensión espiritual humana y celebra la fe de modo creativo. Las experiencias y emociones humanas encuentran cauce adecuado de expresión en la liturgia. La comunión con los antepasados, los momentos clave de la vida (nacimientos, matrimonios, ritos de paso, funerales), encuentran eco en la solemnidad, belleza y profundidad espiritual de las ceremonias litúrgicas. Éstas son un punto de atracción para las personas. Es de destacar la enorme participación de las mujeres en los grupos litúrgicos y corales, que preparan las celebraciones con enorme seriedad, ya que la comunión con Dios y con los hermanos, presentes y pasados, pasa siempre a través de la liturgia.

Soporte de identidad humana y crecimiento personal

La comunidad cristiana suele ser un ámbito de aceptación e inclusión. Las iglesias particulares (parroquias, grupos cristianos y movimientos de varia índole) confieren un sustrato antropológico y social al que pertenecer. En cuanto grupo humano, proporcionan a la persona los elementos de arraigo necesarios, la sensación de pertenecer a un proyecto vital que merece la pena. Encuentran un camino de bienestar psico-afectivo y social. Esto es notable en situaciones de grandes migraciones, moti-





vadas por la guerra, la sequía, el hambre, etc. Las personas encuentran en el propio país o en las naciones de refugio, un elemento de referencia que va más allá de su espacio inicial. Y es que en la comunidad cristiana se generan lazos inter humanos que preservan tanto la identidad creyente como la del grupo cultural de origen.

La Iglesia es un espacio de crecimiento: mujeres y varones están en continuo aprendizaje, existiendo numerosas actividades formativas a nivel humano y religioso. La pertenencia a la comunidad cristiana no es algo estancado ni se define por la costumbre, sino por la riqueza personal. Si no está al alcance del común de las mujeres el asistir a facultades de teología, sí lo está beneficiarse de programas de enseñanza humana, cristiana y bíblica, de nivel medio. Y realmente están muy presentes en ellos.

Las mujeres saben con certeza que solo ampliando la formación teológica podrá cambiar su presencia en la Iglesia, obtener mayor conciencia de la propia situación y libertad de pensamiento. Esto es una medida lenta, pero de profundas consecuencias, que permanecen en el tiempo.

Factor de inclusividad

Existe una enorme riqueza dentro de cada comunidad parroquial y diocesana. La institución deja espacio al protagonismo personal, de mujeres religiosas y laicas, con capacidad de liderar. No se las ignora. Las mujeres sienten que “su iglesia” merece la pena. La perciben como un espacio

propio y se saben miembros de pleno derecho. Esta es una experiencia que en otros ámbitos geográficos se ha desgastado, por permitir a las mujeres solamente roles de tercer o cuarto orden; tratándolas como sirvientas o instrumentos sin voluntad ni capacidad de decisión. Ellas manifiestan una gran capacidad de aportación, desde todos los ámbitos, a la comunidad eclesial.

En África, al igual que en otros lugares del planeta, la Iglesia tiene rostro de mujer. Las mujeres africanas suelen ser las encargadas de los templos, coordinadoras de los servicios que se ofrecen, catequistas y anunciadoras del Evangelio; y suelen ser las responsables de la acción caritativa y social de la Iglesia. Se hacen presentes en todos los ambientes, cristianos o no, sin miedo, sintiéndose en todo momento enviadas en misión, para romper las fronteras sociales y económicas, manifestando así la benevolencia de Dios para con todo ser humano. Su presencia junto a los pobres y desvalidos manifiesta el rostro verdadero de la Iglesia y explicita el mandamiento nuevo del amor.

Suelen encontrarse mujeres como guías espirituales de los grupos, de reflexión y oración; predicadoras de retiros (sobre todo consagradas); formadoras en los seminarios (las mejores del profesorado, bien preparadas y más exigentes con el alumnado; que trabajan por una formación no misógina del clero); animadoras en comunidades cristianas de base. Están en todos los aspectos de la vida creyente.

Desgraciadamente no en los ministerios ordenados, ni en la jerarquía y gobierno de esa misma comunidad a la que pertenecen.

Como dijo el Observatorio de las mujeres UMOFC, en ellas existe “el deseo lacerante de realizar cambios urgentes en las estructuras eclesiales, a fin de que sean más igualitarias, inclusivas y próximas a los más frágiles”, entre estos las propias mujeres. Ellas son conscientes de su dignidad como personas, como bautizadas, y la riqueza de los carismas recibidos y sus aportaciones. Las mujeres están dispuestas a vivir el desafío de construir juntos la comunidad eclesial, pero no a vivir siempre en oposición, desde el punto de vista de la minoría excluida o marginal; y es que las mujeres no son minoría, sino que son –por número y riqueza carismática– la mayoría de la Iglesia.

Relevancia social

Las numerosas vocaciones sacerdotales masculinas alertan acerca de la importancia del estatus adquirido al formar parte de la Iglesia, que propende siempre al clericalismo. Se observa también en aquellas mujeres que escogen la vocación consagrada. Ellas adquieren una cierta relevancia social, en comparación con los demás hombres y mujeres. Las mujeres laicas encuentran su propio *status* dentro de la comunidad, que les otorga un rol humano, social y creyente, que las convierte en protagonistas de su propio proyecto de vida y agentes de evangelización.

Las mujeres se integran maravillosamente en la iglesia cuando tienen algún grado de protagonismo. Es necesario el reconocimiento de la comunidad cristiana. Es un dato de justicia: admitir y valorizar la contribución de las mujeres a la vida eclesial, así como la calidad de esta aportación. Pienso que la implicación de las mujeres en la Iglesia será tanto mayor cuanto mejor reconocida esté la tarea que realizan, incluida su presencia en las estructuras organizativas y de decisión de dicha institución. Tenemos una asignatura pendiente: superar los efectos de la dominación y misoginia clerical.

Las mujeres no son espectadoras, sino agentes activos dentro de la Iglesia; con plena conciencia de su identidad y misión. Ellas están presentes como promotoras de las actividades y como receptoras de las acciones que otros convocan. La presencia y participación de las mujeres hacen de la Iglesia una comunidad humana y creyente mucho mejor. Esta presencia es esencial para la vida y misión de la Iglesia.



Violencia, el grito de las africanas

VITTORIA PRISCIANDARO

Un estudio desvela que al menos el 53% sufre agresiones

Puedes nacer en Madagascar o Kenia. En Nigeria o Sudáfrica. En Burundi o Etiopía. Si eres mujer, tus problemas serán similares a los de tus hermanas africanas: tendrás dificultades para recibir formación, correrás el riesgo de sufrir violencia incluso en el seno de la familia y después en la escuela o en el trabajo, tendrás que luchar para conseguir tu parte de la herencia...

“En África persiste en la mayoría de los países una cultura patriarcal y machista. Como resultado, casi todas las estructuras sociales tienden a discriminar y violar los derechos humanos de las mujeres y las niñas. Es visible en todas partes, en el hogar, en la escuela e incluso en el trabajo y las mujeres suelen resignarse. Estos problemas comienzan en la infancia y afectan a todas las edades y a todos los niveles, tanto a la mujer que permanece en su pueblo como a la mujer profesional”. Son las conclusiones a las que ha llegado la encuesta promovida por la Unión Mundial de Organizaciones Femeninas Católicas (UMOFC) a través de su Observatorio. Creado en junio de 2021 con el lema “Escuchar para transformar vidas”, el Observatorio Mundial de las Mujeres presidido por **María Lía Zervino** nació con el objetivo de dar visibilidad a las “invisibles”. Entre sus objetivos se encuentra el de inspirar estrategias pastorales de parte de la Iglesia y sinergias con las ONG de la sociedad civil, promover políticas públicas por parte de los Estados, hacer aportaciones a la agenda internacional y obtener respuestas de todas las personas de buena voluntad que puedan promover el desarrollo humano integral de las mujeres y el de sus familias, comunidades y pueblos.

Entre las diversas iniciativas puestas en marcha en los últimos años se encuentra el proyecto titulado, *Violencia y discriminación*

contra las mujeres africanas. Se parte del conocimiento de la realidad y de la escucha de las mujeres a través de dos canales: encuentros con expertas y una encuesta titulada *Un grito desde el corazón de las mujeres*. Durante cinco meses fueron entrevistadas 10.790 mujeres africanas de 37 países. Entre ellas, 110 expertas (59 laicas y 51 religiosas), que trabajan en contacto con sus comunidades y que pusieron en común sus estudios sobre la violencia y la discriminación contra las mujeres en sus países. Las 10.680 mujeres que participaron en la encuesta son de distintas clases sociales, niveles educativos, etnias y religiones. De sus historias se desprende que la violencia adopta muchas formas: psicológica, verbal, física, sexual, económica y, cada vez más, online. La discriminación se manifiesta en la formación, en la elección del matrimonio, en el embarazo, en la viudedad, en el trabajo y en el potencial de crecimiento profesional. La pobreza y la falta del mínimo necesario para llevar una vida humana digna agravan estos problemas.

Bajo nivel educativo

Los resultados de la encuesta muestran que el 54% de las mujeres dice sufrir violencia de género en el ámbito familiar, el 39% de las mujeres no la sufre, y el 7% prefiere no responder a esta pregunta. Entre los problemas comunes en muchos países africanos, los principales son los matrimonios forzados y precoces, la soledad y el abandono, la violencia económica, la trata de seres humanos, la violencia doméstica y la falta de acceso a una educación y formación profesional de calidad. Los resultados muestran que las mujeres africanas que participaron en la encuesta con un nivel educativo bajo experimentan un mayor nivel de violencia en términos generales,

independientemente del tipo de violencia. En términos porcentuales, las mujeres musulmanas son las principales víctimas de la violencia, más que las cristianas.

Los testimonios recogidos ejemplifican la magnitud de los problemas. “La mujer es propiedad del hombre. La esposa debe ser sumisa”, esta es la máxima keniana que arroja una luz terrible sobre el tema de los matrimonios que provocan embarazos prematuros y el abandono de los estudios de las madres. Se trata de un problema que preocupa al 17% de las 10.680 mujeres entrevistadas. “Muchas jóvenes se quedan embarazadas, sufren mucho y no tienen derecho a hablar ni a reaccionar” (Tanzania). Asimismo, “los matrimonios forzados y los ritos tradicionales obligan a las mujeres a tener relaciones sexuales con sus maridos, incluso cuando su salud se ve comprometida” (Benín). En Ghana, “el matrimonio infantil es cada vez más común y las jóvenes son obligadas a casarse incluso con hombres que tienen edad suficiente para ser sus abuelos”.

Los expertas zambianas afirmaron que “en las zonas rurales la mayoría de las niñas no recibe ninguna formación escolar porque a los 15 años están expuestas a la vida matrimonial; es cuando más sufren y se sienten menos valoradas”. Debido a la pobreza, “algunos padres entregan a sus hijas en matrimonio precoz pensando que así salvarán el patrimonio familiar”, como es el caso en la República Centroafricana. “Dar a la hija en matrimonio para saldar una deuda” se considera una práctica normal, por ejemplo, en Guinea Bissau.

Las entrevistadas identificaron muchas veces a las instituciones públicas como lugares de violencia, “sobre todo, por omisión y falta de servicios, con la consiguiente impunidad que no genera confianza en



la denuncia”, denuncian las expertas de Guinea Bissau. En Zimbabwe, “la corrupción obstaculiza el acceso de las mujeres a la justicia y los casos de abuso se esconden bajo las alfombras, dejando a las mujeres con pocas esperanzas de denunciar”. “La violación y el abuso contra las estudiantes siguen siendo constantes y graves en el sistema educativo senegalés”.

Las mujeres son consideradas ciudadanas de segunda clase. En Camerún, “no participan en las decisiones familiares ni tienen derecho a heredar”. Un aspecto de la soledad y el abandono que experimentan muchas mujeres es la cuestión de la herencia. El 10% de las entrevistadas afirmó haber pasado por distintos ritos de viudedad como señal de violencia cultural.

En Zambia, “cuando el hombre muere, todas las propiedades pasan a sus familiares y la mujer debe regresar a su aldea con sus hijos”. En la República Democrática del

Congo, “las mujeres no pueden heredar ni siquiera cuando muere su marido”. En Madagascar, “las mujeres no tienen derecho a la herencia”. En Kenia, “no poseen nada en casa, todo está registrado a nombre del hombre. En caso de separación o divorcio, las mujeres comienzan a vivir como si nunca hubieran tenido nada y se encuentran nuevamente frente a una familia que tiende a enviarlas de regreso con su marido pensando que es su culpa”.

Los expertos de Lesoto afirman que “los problemas que afrontan las mujeres jóvenes debido a las altas tasas de desempleo juvenil son los que las han llevado a practicar el “sexo comercial” como medio de supervivencia con graves consecuencias, como embarazos no deseados, rechazo por parte de los padres, las familias y sociedad en general, lo que deriva en abortos clandestinos o abandono de niños, altas tasas de abandono escolar entre las adolescentes y altas tasas de enfermedades de transmisión sexual, incluida el VIH”. Incluso en otros países, como Zambia, “las niñas caen en la trampa, abandonan su hogar para buscar consuelo en otra parte y, a cambio, no saben que están siendo objeto de trata”.

Son datos que nos hace actuar. El objetivo del proyecto es dar visibilidad al problema para combatir la violencia de género a través del trabajo en red de congregaciones y organizaciones de la sociedad. Además, a través de *webinars* y talleres, se pretende formar a las mujeres como corresponsables

en la prevención y atención a las víctimas y en la sensibilización sobre la violencia de género y la discriminación. La idea es promover vínculos sostenibles entre instituciones laicas y congregaciones religiosas, actualizar constantemente las campañas sociales, la promoción de proyectos y las diversas acciones de incidencia necesarias para prevenir la violencia y la discriminación contra las mujeres.

Durante la campaña, las mujeres africanas entrevistadas propusieron varias ideas como la importancia de la prevención y la sensibilización continua; la fuerza del trabajo en red; la necesidad de cambiar algunas leyes; el valor del empoderamiento de las mujeres para su mayor autonomía; la clave para un mayor acceso a la educación y el alcance de las políticas públicas para que beneficien a las mujeres. El 33% de las 10.680 mujeres entrevistadas afirmó que la educación y formación profesional es el cambio más importante que desean para el pleno desarrollo de las mujeres en su país.



Cómo acercarse a las víctimas

por ADELA GONZÁLEZ

Un gran problema en la lucha contra la violencia y la discriminación de las mujeres es el silencio de las víctimas”. Es una de las afirmaciones más frecuentes de las expertas. A través del Observatorio Mundial de las Mujeres (WMO) de la Unión Mundial de Organizaciones Femeninas Católicas (UMOFC) nos comprometemos a “Escuchar para transformar vidas”. El primer paso fue obtener las respuestas de la encuesta *El grito de las mujeres africanas*, a través de la que hemos recopilado la voz de 10.790 mujeres de 37 países africanos. ¿Cómo logramos que las mujeres, acostumbradas al

silencio ante la injusticia, hablaran de temas tan íntimos como la violencia de género o prácticas como la mutilación genital femenina? En la UMOFC contamos con miles de mujeres de organizaciones católicas de 50 países que, desde su parroquia o comunidad, acompañan la vida de sus semejantes con confianza mutua y amistad. El desafío era formar a las mujeres africanas de la red UMOFC como corresponsales sociales, capaces de escuchar las experiencias de otras mujeres y transformarlas en resultados cuantitativos y cualitativos que pudieran ser analizados en el marco de la

investigación. Este trabajo se adentra en las experiencias de las mujeres en relación con distintos tipos de violencia, la forma en que afecta el desarrollo de sus vidas y cómo la resiliencia y la solidaridad hacen posible miles de historias de transformación personal y comunitaria. En mayo de 2022, 40 mujeres líderes de organizaciones católicas de 16 países africanos participaron en un taller en Nairobi para formarse como corresponsales sociales. Reflexionaron sobre “el arte de la escucha”, inspiradas en el diálogo de **Jesús** con la mujer samaritana y con los discípulos en el camino

de Emaús. Una metodología sencilla pero eficaz: acercarse a las personas con empatía y ofrecerles la seguridad de que todo lo que hablasen sería confidencial. Creamos una gran red capaz de llegar hasta el pueblo más pequeño. Algunas mujeres formaron a otras como corresponsales sociales y juntas logramos entrevistar a más de 10.000 mujeres. De esta manera pudimos alcanzar el objetivo que esperábamos. Ahora seguimos caminando juntas, fortaleciendo una poderosa red de congregaciones religiosas y organizaciones de mujeres católicas laicas que trabajan juntas en la esperanza.



Cuando ellas también tienen

MARIE-KOLBE ZAMORA

La observación impactó tan profundamente a una franciscana que viene “del Norte global” y está en la Secretaría del Sínodo, que se propuso revisar algunas de las Síntesis presentadas en 2022. En vísperas de la segunda sesión del Sínodo de la Sinodalidad, que se inaugura el 2 de octubre, comparte los resultados de su análisis.

La Iglesia global se enfrenta un desafío importante no solo cuando se trata de escuchar, sino también de documentar esa escucha. Para comprender lo que significa la capacidad de la Iglesia para documentar su escucha, es útil centrarse en cómo ha vivido este desafío el grupo de expertos de todo el mundo que se reunió en Frascati en septiembre de 2022 para desarrollar el Documento de Trabajo para la Etapa Continental. La mayoría de los participantes en el encuentro eran teólogos y canonistas, acostumbrados por formación a citar textos bíblicos, patrísticos o magisteriales como fuentes primarias. Sin embargo, el objetivo del encuentro era demostrar que la Secretaría General del Sínodo había escuchado activamente al Pueblo de Dios y, por eso, se hizo evidente que para documentar la escucha de la Iglesia las principales fuentes del Documento debían ser las síntesis presentadas por el Pueblo de Dios.

Los documentos presentados por las Conferencias Episcopales en la primera fase de la consulta varían en su capacidad para documentar su escucha. Algunas síntesis, como las de América Latina, citan frecuentemente a los fieles en cada uno de los puntos analizados; otras los citan en algunos puntos, pero no en todos; otras, casi nunca los mencionan.

Durante la reunión de septiembre de 2022 en Frascati (Roma) para redactar el Documento de la Etapa Continental del Sínodo 2021-2024, una religiosa senegalesa se sorprendió por la disparidad entre las voces de las mujeres. Contaba que, mientras en algunas partes del mundo se reconoce tan poco a las mujeres que casi no tienen voz, si es que la tienen, en otros lugares pueden expresar libremente sus pensamientos y debaten sobre la cuestión femenina y temas como el diaconado y el sacerdocio femenino

Son elementos que contrastan aún más si examinamos los informes a la luz de tres preguntas:

- 1. ¿Con qué frecuencia se permitió a las mujeres hablar en primera persona?**
- 2. ¿Alguna vez se menciona directamente a las mujeres?**
- 3. ¿La experiencia de las mujeres se relaciona como un hecho o como la queja de algunas de ellas?**

Digamos de entrada que, de todas las síntesis examinadas en este artículo, la única que incluye directamente la declaración hecha por una mujer durante la consulta es la de Inglaterra y Gales. Las de Estados Unidos y Australia dan cuenta de las experiencias y deseos de las mujeres como hechos. Las de África varían según las zonas lingüísticas, pero cabe subrayar que las síntesis de los tres grupos lingüísticos africanos incluyen listas de las estructuras eclesiales oficiales establecidas para escuchar a todos, incluidas las mujeres, como prueba de que son escuchadas a pesar de que se diga lo contrario. En estas síntesis los problemas planteados por las mujeres se presentan muchas veces como quejas de algunas de ellas.

Esto demuestra que tienen poca o ninguna voz, a pesar de ser fundamentales en la vida cotidiana de las parroquias. Las mujeres africanas sufren el silencio de la comunidad, incluida la eclesial, respecto de los abusos que sufren en la familia y en la sociedad (y quizás, por extensión, en la Iglesia, aunque no se mencione en las síntesis). El silencio de la Iglesia ante la violencia sí apareció en uno de los documentos del África de habla portuguesa.

Entre todas las síntesis presentadas por las conferencias episcopales de África, solo una menciona la mutilación genital femenina cuando recientes investigaciones demuestran que esta práctica alcanza porcentajes muy altos, por ejemplo, del 97% en Guinea.

Los llamamientos para la ordenación de mujeres al diaconado se han incluido en muy pocos documentos del continente africano. En una edición reciente del *Global Sisters Report*, la hermana **Josephine Apia-gyei** y la hermana **Rosemary Nyirumbe**, quienes ejercen papeles de liderazgo en la Iglesia africana, coincidieron en que la ordenación de mujeres al sacerdocio ministerial “no es tan urgente en los países



que escucharse

africanos como lo es en el Norte Global”, aun cuando reconocieron que “se necesita una mayor igualdad dentro de la Iglesia”.

Los documentos de Inglaterra y Gales, Estados Unidos y Australia mencionan la ordenación al diaconado y al sacerdocio en el contexto de la capacidad de la Iglesia para adaptarse mejor a la contribución y el liderazgo de las mujeres, pero Estados Unidos es el único país que encuadra la negativa al sacerdocio femenino como una injusticia que hay que corregir: “La ordenación femenina surgió, no como una solución al problema de la escasez de sacerdotes, sino como una cuestión de justicia”. Si estas palabras se comparan con el silencio de las mujeres africanas, para quienes incluso el simple reconocimiento humano sería suficiente, surge la necesidad de otro desafío a la escucha dentro de la Iglesia: las mujeres deben escucharse las unas a las otras. Aquellas del Norte Global deben preguntarse cómo se percibe en otros lugares lo que para ellas es una cuestión urgente de justicia, preguntarse si la ordenación sacerdotal femenina es el principal problema para las mujeres africanas. El Evangelio nos inspira: “**María** se quedó con **Isabel** unos tres meses; luego volvió a su casa”. Lucas 1,39-56. Debemos “quedarnos con”. Estar juntas. Compartir.

Contemplar las cosas justas

En muchas sociedades de todo el mundo, las mujeres tienen carreras profesionales y diplomáticas/gubernamentales exitosas, ejerciendo liderazgo en todos los niveles de los negocios y la política. Incluso en la Iglesia su papel ha crecido, quizás más en algunos lugares que en otros. El Papa **Francisco** ha dado pasos a favor del empoderamiento femenino en la Santa Sede.

Los nombramientos de **Alessandra Smerilli** (Secretaria del Dicasterio para la Promoción del Desarrollo Humano Integral), **Nathalie Becquart** (Subsecretaria de la Secretaría General del Sínodo), **Raffaella Petrini** (Secretaria general del Estado de la Ciudad del Vaticano) y **Simona Brambilla** (Secretaria del Dicasterio para los Institutos de Vida Consagrada y las Asociaciones de Vida Apostólica) son signos de las crecientes responsabilidades otorgadas a las mujeres en la Curia Romana.

En octubre de 2023 las mujeres pudieron votar en el Sínodo de los Obispos y en algunas sesiones lideraron los trabajos de la asamblea como presidentas delegadas. Becquart se sentaba en la mesa presidencial junto al Papa Francisco y a los cardenales **Grech** y **Hollerich**. El único sector en el que no estaban lo suficientemente representadas fue el de las teólogas. De los 26 convocados, solo 4 eran mujeres.

A pesar de este mencionado empoderamiento, las síntesis del sínodo destacan la existencia continua de dobles estándares que penalizan a las mujeres. En muchos documentos del continente africano encontramos la afirmación de que los laicos deben ser reconocidos e incluidos en la misión de la Iglesia, mientras que es raro encontrar una afirmación similar respecto a las mujeres. Los países anglófonos han sido más explícitos al decir que no solo los laicos en general, sino específicamente las mujeres deberían ocupar puestos de responsabilidad dentro de la Iglesia.

Es interesante observar que los africanos son los únicos documentos que mencionan, como desafío que requiere especial atención, la prohibición del acceso a la Eucaristía a las mujeres embarazadas fuera del matrimonio. Este tema ha surgido en

al menos tres de las síntesis de las conferencias en lengua inglesa, pero solo una de ellas dice explícitamente que señalar a las madres solteras constituye “una exclusión injustificable”.

Al mismo tiempo, los obispos del continente africano se mostraron satisfechos con la inclusión en el informe sinodal de la primera sesión del Sínodo del artículo 16, párrafo q: “Se anima al SECAM (Simposio de las Conferencias Episcopales de África y Madagascar) a promover un discernimiento teológico y pastoral sobre el tema de la poligamia y sobre el acompañamiento a las personas (hombres y mujeres) en uniones polígamas para que las acerquen a la fe”.

El doble estándar injustificado

Parecería que todavía existe un obstáculo no identificado para el pleno respeto de las mujeres y su inclusión en el liderazgo y los procesos de toma de decisiones en la Iglesia. La presencia de este obstáculo pone de relieve que, en sí mismo, el empoderamiento institucional no garantiza una verdadera justicia hacia las mujeres. La Iglesia debe primero ponerle un nombre a este obstáculo y luego remediarlo. Hay quien lo llamaría “misoginia”. Es significativo que, de todas las síntesis analizadas para este artículo, la misoginia solo sea mencionada en uno, el de la Conferencia Episcopal de Inglaterra y Gales: “A pesar de dedicar mi vida a la Iglesia, experimento una profunda misoginia porque la palabra del sacerdote siempre se considera más creíble. Las mujeres hacen el trabajo pesado, pero se sienten marginadas. Muchas se sienten heridas y enfadadas”.

¿Es posible que demos tan por sentado esta actitud que seamos incapaces de reconocerla, nombrarla y, por tanto, corregirla? Y puede haber otras actitudes hacia las mujeres de las que todos debemos arrepentirnos como Iglesia; otras de las que los hombres en concreto necesiten

→ arrepentirse; otras de las que tengan que arrepentirse las mujeres. La curación y la reconciliación eclesial que el Sínodo 2021-2024 busca solo ocurrirá en la medida en que se produzca este arrepentimiento.

Hacia la comunión evangélica

Las imágenes e iconos de la Visitación muestran a María e Isabel juntas y abrazadas. Parece claro que el episodio evangélico, no habla solo de la acogida que cada uno de los bautizados está llamado a ejercer, sino quizás, más concretamente, de las relaciones que las mujeres están invitadas a cultivar con otras mujeres.

Estamos invitadas a compartarnos generosamente a nosotras mismas en el amor, mirando más allá de nuestras propias necesidades para responder a las necesidades de los demás. Mirarnos a la cara para descubrirnos amadas por otras mujeres. Permanecer unas con otras en necesidad, acogiéndonos unas a otras. A no olvidar que en este episodio están los dos hijos de María e Isabel, invisibles pero muy presentes. En la acogida de estas dos mujeres se teje la relación entre sus hijos y también la de las generaciones futuras.

Conclusión

Sería importante reconocer que ninguna Iglesia local puede proyectarse a sí misma como modelo para todas las demás Iglesias locales. Las Iglesias del Norte global no pueden esperar imponer su forma de existencia a las Iglesias del Sur global. En todas hay situaciones de injusticia humana que deben abordarse. El proceso sinodal sí que ha alcanzado un consenso unánime sobre al menos una de estas situaciones: el Pueblo de Dios desea una Iglesia en la que la presencia y la contribución de las mujeres, también en cuestiones de liderazgo, sean mejor implementadas.

La humanidad, en cualquier continente, no puede esperar prosperar si la mitad de la misma es silenciada o ignorada. El movimiento feminista ha trabajado para superar la exclusión que los hombres han impuesto a las mujeres. Hay otro aspecto que requiere atención y sanación: las mujeres deben reconocer dónde no han sido capaces de escuchar a otras mujeres y actuar para superar esa distancia. Deben trabajar diligentemente para garantizar que se escuchen todas las voces de las mujeres. Y, especialmente, en esas cuestiones sobre las que no existe un consenso, para que la voz unificadora del Espíritu Santo pueda escucharse por encima de la lucha que tan fácilmente divide a la Iglesia.

“La Iglesia se aleja de la gente”

Annette Schavan ha sido embajadora alemana en el Vaticano

GUDRUN SAILER

En Alemania, los creyentes bautizados pueden optar por abandonar la Iglesia mediante un acto administrativo. En 2023, 400.000 católicos dieron este paso. Sobre todo, son muchas las mujeres que se están alejando. **Annette Schavan**, de 69 años, ex política, teóloga católica y embajadora de Alemania ante la Santa Sede de 2014 a 2018, identifica las causas y da consejos a las más jóvenes que quieren quedarse.

Cuando las mujeres abandonan la Iglesia, algunas lo hacen en señal de protesta, pero la mayoría lo hace en silencio. ¿Cómo le explica a una mujer católica de otro país lo que está pasando en Alemania?

Para muchas mujeres católicas alemanas, el acto administrativo de abandonar la Iglesia es la etapa final de su lucha con la institución eclesiástica. Muchas veces, han estado implicadas en la Iglesia durante décadas y se van decepcionadas porque han notado que la institución no proporciona respuestas adecuadas a sus preguntas, mucho menos en estos tiempos. Para otras, el significado y el valor de la Iglesia se han vuelto insignificantes y desaparecen después de un largo período de indiferencia. Las razones son muy diferentes.

¿Por qué son las mujeres las que se van? ¿Qué les falta o qué es “demasiado” para ellas?

Las parroquias en Alemania suelen tener un rostro femenino. Están fuertemente implicadas en la vida parroquial, en la catequesis y en la preparación concreta para la comunión y la confirmación, en la asistencia al duelo, en el asesoramiento telefónico, en el hospicio y en otros servicios. La mayoría de las parroquias no serían viables sin el gran compromiso de las mujeres. Para las mujeres, la falta de profesionalidad en la Iglesia se está volviendo excesiva, también cuando se trata de afrontar sentimientos de culpa y de fracasos (pensemos en los casos de abuso). Creen que los caminos elegidos hasta ahora por la Iglesia no son suficien-

tes para el futuro. No basta describir con bellas palabras la importancia de la mujer en la Iglesia, si su impacto en esta misma Iglesia es tan limitado que no pueden desarrollar ninguna potencia formativa. Esto no solo se aplica a la cuestión del diaconado femenino y la ordenación sacerdotal, que se discute abiertamente en Alemania. Se refiere también a todas aquellas decisiones estructurales que se toman en las diócesis sin tener en cuenta experiencias concretas sobre el terreno. No solo la gente se distancia de la Iglesia, sino que la Iglesia también se aleja cada vez más de la gente.

Muchos hablan de “decadencia” de la Iglesia en Alemania, ¿usted qué término emplearía?

Es la iglesia popular la que está llegando a su fin. Fue una fuerza culturalmente formativa en una sociedad homogénea. Hoy en día, la sociedad de la República Federal de Alemania es heterogénea, como cualquier sociedad moderna. La fe es, como escribió **Hans Joas**, sociólogo y teólogo, una opción, no una cosa obvia. Ser cristiano requiere una decisión consciente. Por eso, prefiero hablar de transformación hacia un cristianismo en el que no nazco, pero que elijo. Ahora lo vivimos como si caminásemos hacia un valle profundo. Aunque sigo confiando en que también en Alemania surgirá algo nuevo. La teología de la periferia descrita tantas veces por el Papa Francisco es reconocida e implementada en las obras de misericordia. Y hay muchos ejemplos convincentes de esto.

Reformistas

¿En qué son buenas las católicas alemanas de inspiración reformista?

En su pasión por Dios y en su alto nivel de compromiso voluntario, tanto en las parroquias como en las asociaciones, iniciativas y obras de misericordia. Además, como mujeres cristianas, son eficaces en la política, la cultura y la ciencia.

Un grupo más pequeño de mujeres católicas alemanas viven y profesan públicamente su fe



Annette Schavan con el abad Notker Wolf, fallecido hace unos meses (Cortesía de la Embajada de Alemania ante la Santa Sede)

y no ven la necesidad de reformas en la Iglesia. Si partimos del supuesto de que en la Iglesia católica hay lugar para todos, ¿por qué hay tan poco diálogo entre ellas y las católicas reformistas que son mayoría en Alemania?

Es lamentable que también en la Iglesia esté aumentando la formación de grupos estufa dentro de los cuales todos están de acuerdo y los demás, los que están fuera, se equivocan. Esto no es diferente para los hombres y muestra una evolución preocupante en todos los sectores de la sociedad. Se está perdiendo el sentido de reconciliación, compromiso y valor de la diversidad.

Recientemente editó un libro sobre Pentecostés con el subtítulo “Por qué no abandonaremos el cristianismo”. ¿Por qué no abandona usted el cristianismo?

No renunciaré al cristianismo porque es la razón de mi esperanza y significa una

perspectiva sobre las personas que manifiesta en los encuentros de Jesús con las personas. La dignidad y la perspectiva son inherentes a cada persona, verdaderamente a cada persona. En el diálogo con Jesús, las personas viven una dinámica que les abre un camino y les permite descubrir una perspectiva para su vida. En un mundo con tanto desprecio por la humanidad y violencia brutal hacia las personas, este es el verdadero punto de inflexión que necesitamos.

Ha hablado muchas veces de lo que le inspiraron y formaron sus primeros años profesionales en los 80 como teóloga en Cusanuswerk, (la fundación de los obispos alemanes para la promoción de los estudiantes más talentosos) y de la libertad intelectual que reinaba entonces. ¿Qué consejo daría a los jóvenes católicas alemanas que hoy quisieran vivir una experiencia similar?

Mi consejo a los jóvenes es que no esperen a que la Iglesia se mueva. Que se unan para formar una comunidad. Que desarrollen un sentido de lo que es importante para ellos de acuerdo con la fe. Que hagan lo que crean necesario. Que descubran los numerosos lenguajes de la fe. Esto es lo que hizo Andrea Riccardi en Italia hace más de 50 años, cuando fundó la comunidad de Sant'Egidio.

Como embajadora ante la Santa Sede conoció la Iglesia desde una perspectiva complementaria, universal y con “una larga experiencia en procesos de inculturación”. ¿Por qué Roma lucha hoy por fomentar un proceso de inculturación teológica sobre la cuestión femenina?

Debido a la creciente polarización. Como resultado, la Iglesia se enfrenta cada vez a más dilemas. Si mañana el diaconado y la ordenación de las mujeres son posibles en la Iglesia universal, se abrirá un gran debate sobre este tema. Hay quien está convencido de que lo realmente católico es no seguir este camino. Sin embargo, si no se emprende, cada vez más creyentes –no solo en Alemania y Europa– se distanciarán, no necesariamente de la fe, sino de la Iglesia. Este es el desolador dilema.

Diaconado y sacerdocio

Supongamos que la Iglesia global permite que las mujeres accedan al diaconado y al sacerdocio en las Iglesias locales que así lo deseen. ¿Qué impacto tendría esto en la parte femenina de la Iglesia en Alemania?

Esto también daría lugar a debates entre las mujeres en Alemania. Los grandes cambios no se producen sin debate y diferencias de opinión, tanto en la Iglesia como en cualquier otra institución. Tal paso podría ser expresión de una comprensión sinodal de la Iglesia universal.

En el Sínodo sobre la sinodalidad, cuya última sesión se celebrará en Roma en octubre, la cuestión de la mujer tiene un gran peso, aunque se haya dicho que no se decidirá sobre ninguna cuestión, sino que se crearán las nuevas bases para la toma de decisiones en la Iglesia. ¿Cuáles son sus esperanzas de cara al Sínodo?

Mi esperanza es que el Sínodo esté vinculado a un nuevo punto de partida de la Iglesia global para que tome en serio la diversidad de culturas. El Papa Francisco ha dicho que “la Iglesia comenzó el día de Pentecostés y que ese día se decidió a favor de la diversidad cultural”. Me gustaría ver una profesionalidad pentecostal en el Sínodo.

La Sororidad: quedarse en el umbral

En este tiempo que consideramos “umbral” y nos preguntamos cómo entendemos y nos sentimos Iglesia, mientras buscamos espacios diferentes, nos acompaña un versículo bíblico del Libro de la Sabiduría: “Radiante e inmarcesible es la sabiduría, la ven con facilidad los que la aman y quienes la buscan la encuentran” [6,12-16].

Somos hermanas de la Orden de la Sororidad, un proyecto de vida femenina que quiere hacer efectiva y visible la presencia de la mujer en la Iglesia y en la sociedad (art. 4 de la Regla). Fue fundada en Mantua en 1996 por **Ivana Ceresa**.

Ivana, mujer cristiana, feminista y teóloga, la definió como “un grupo de mujeres convocadas por el Espíritu Santo para vivir la fe cristiana según la diferencia femenina en la Iglesia católica local” (art. 1). “Desde que nacimos nos distinguimos de la Iglesia, que es en realidad la Iglesia hecha por hombres y administrada solo por hombres... Hacemos lo que el feminismo laico hacía y hace todavía, una operación de separación, es decir, estamos temporalmente solo entre mujeres, reconocemos como creyentes entre nosotras solo a mujeres y, de esta manera, intentamos un éxodo, una salida del sexismo de la realidad eclesial”.

Ivana Ceresa explica así que en cierto momento sintió la necesidad de una transición: “Para seguir viviendo dentro de la Iglesia tuve que inventar la Sororidad en el sentido de que se me hizo indispensable el apoyo de otras mujeres que vivían la Iglesia como yo, que la vivían de manera dramática, conflictiva y al mismo tiempo profunda y necesaria como la vivo yo”.

El momento clave fue solicitar el reconocimiento de la Sororidad al obispo, ya que en la Iglesia es real solo lo que se reconoce eclesialmente. En la idea de la fundadora, la petición formaba parte de la estrategia de implantar el simbolismo femenino; el reconocimiento significó que la Iglesia admitió que era masculina y necesitaba el nacimiento femenino. El entonces obispo de Mantua, **Egidio Caporello**, reconoció la Sororidad en 2002.

MARTINA BUGADA

La diferencia femenina aporta un matiz en la vivencia de la fe

Precisamente en el reconocimiento eclesial, Ivana Ceresa recibió los golpes de la incompreensión, de las resistencias y de los malentendidos. Se opuso a la creencia de que la visión del creyente lleva hasta el final el deseo de arraigarse en la realidad en la que se encuentra, no para tener el permiso de existir cuanto por introducir la Iglesia en el mundo femenino, todavía copada por el orden simbólico masculino, hasta el punto de querer ser una espina clavada en el costado de la propia Iglesia.

Se han vivido muchos acontecimientos en estos treinta años. Hoy en Italia hay cinco Sororidades en la zona de Mantua, una está en Milán y tres están naciendo en Toscana. Una historia donde las rela-

ciones entre mujeres han sido cultivadas y preservadas a través de la escucha y la autoridad femenina en una búsqueda entre la mística y la política en ese espacio límite en el que nos encontramos con varias posiciones. Entre nosotras hay hermanas que han amado a la Iglesia, que sienten gratitud por lo vivido y aún la aman, colaborando con una mirada atenta y crítica donde sienten que es posible abrirse a nuevas miradas. Hay hermanas que han dejado la iglesia. Otras hermanas que se han distanciado al no reconocerse más en las liturgias cansadas, en los silencios cómplices de los abusos y los errores. Hay hermanas de otras religiones que dan su aportación y enriquecen mutuamente sus espiritualidades en la búsqueda común. La diversidad en esta búsqueda nos ha hecho atravesar momentos difíciles de cansancio y de incompreensiones, como si estar en el umbral de la confrontación, juntos entre las diferencias, se hubiera vuelto demasiado extenuante, como si la esperanza se hubiera desvanecido. Hemos sido sostenidas por la Ruah, el soplo divino, que nos ha impulsado como la oración que rezamos juntos en nuestras reuniones.

Orar como mujer

Ven Ruah/Espíritu que renueva/aliento de vida, aliento que nutre nuestro corazón/energía divina, que da alas a nuestro deseo/mano que sostiene en tiempos de cansancio/luz de sabiduría, agua de salud, fuego de energía/abre nuestros ojos para que entendamos a qué esperanza nos has llamado/y guardemos el tesoro que nos has dado/Tierna consoladora, fuego de pasión que levantas sobre alas de águila y soplas sobre huesos secos/derramas tu aliento de vida sobre todas nosotras hermanas/ Ven en ayuda de nuestra debilidad/ examina la intimidad de nuestros corazones/ mantennos cerca de ti en la verdad, en la paz, en la alegría, en el amor.

Sobre la oración acabamos de concluir un camino, titulado “Orar como mujer”, que fue una práctica de relación y apertura en varias direcciones, un encuentro con teólogas, científicas, poetas, mujeres locales de diferentes credos y espiritualidades, donde construimos nuevas liturgias vinculadas al cuerpo y a lo simbólico, conscientes de que hoy nos exige encontrar palabras y gestos más valientes.



Buscando ese “dios distinto”

GRAZIA VILLA

Crecí en una familia extensa, alimentada desde la infancia por un entusiasmo confiado en la Iglesia del Papa Juan y las esperanzas del Concilio Ecueménico Vaticano II, en la pasión política inspirada por el Evangelio, en la búsqueda diaria del conocimiento de las Escrituras y en el deseo de celebraciones eucarísticas comunitarias, desde la elección del amor por los pobres.

Rodeada de muchas mujeres, he caminado toda mi vida tras estos pasos pequeños, grandes, ligeros o profundos que han marcado mi camino dentro y fuera de la Iglesia católica. A veces, la ola del rechazo lo ha borrado parcialmente o el peso del cansancio los ha hecho hundirse. Pero casi siempre una ráfaga de viento fuerte me ha empujado hacia otra orilla, hacia los confines, hacia nuevos horizontes.

En los tiempos de mi matrimonio atormentado y apasionado con la Santa Madre Iglesia me movía del centro de la vida eclesial a sus periferias, en la salud y la enfermedad, en la riqueza y la pobreza, entre la fidelidad y el adulterio, entre la rebeldía y el recogimiento, entre acaloradas protestas y una obediencia difícil!

He vivido veranos de participación activa en organizaciones y grupos católicos o de inspiración cristiana, donde asumí roles de responsabilidad, a pesar de la pertenencia crítica, pasando también por el servicio en las parroquias y comunidades locales. Han sido veranos calurosos, ricos y fructíferos de encuentros y de preciosas amistades que resisten el paso de los años.

He vivido otoños intensos por mis elecciones políticas incómodas, por las posiciones públicas tomadas, por las opciones existenciales compartidas o solitarias como “cristiana laica adulta”, que me han empujado a los márgenes de la vida eclesial porque no estaba alineada con la mayoría, no era democristiana, no quería ser cómplice del colateralismo de las jerarquías católicas con un sistema político corrupto.

Hubo fríos inviernos de conciencia del declive de la Iglesia italiana en la época de ruiniada. El retorno cada vez más fuerte de los vientos preconciarios, del poder de una Iglesia jerárquica y piramidal, del vaciamiento del sentido de las liturgias, de la reducción “a la Iglesia de los sacramentos”, del retorno de la

La rebeldía feminista puede ser una oportunidad para crecer



centralidad del sacerdote celebrante, del empobrecimiento cultural de los laicos, de la misoginia imperante hasta el terrible descubrimiento del lado oscuro de los abusos, la simonía y la corrupción, causas graves de la crisis actual.

También he vivido felices primaveras germinadas del encuentro con mujeres y hombres en constante búsqueda, mujeres enamoradas del Evangelio, escrutadoras de la Palabra, buscadoras indomables de la perla preciosa de la luz divina, hombres inmersos en la opción preferencial por los pobres, mujeres y hombres envueltos en la Ruah, junto con el valor de la parresía, en una dirección obstinada y contraria.

Dentro y fuera

Cada una de estas estaciones nunca terminó del todo, si acaso quedaron diluidas en las siguientes. Hay un hilo conductor que ayer como hoy marca mi estar dentro y fuera de la Iglesia “oficial”. Ese elemento que me moldeó como “mujer cristiana laica y feminista”, es decir, la relación entre mujeres, la práctica política entre mujeres y la mística política femenina.

Comenzó con esa genealogía de la infancia de mi familia matriarcal y ha llegado a tener un nombre gracias al encuentro fundamental durante mis años universitarios con una destacada católica italiana, **Maria Dutto**, y el “Gruppo Promozione Donna” de Milán. Mujeres de todas las edades que,

al darnos reconocimiento a nosotras, las jóvenes, nos abrieron espacios libres para escuchar, para aprender no solo del feminismo laico, sino de la historia viva de otras mujeres que, permaneciendo fieles a la Iglesia católica, han tomado decisiones, promovido acciones y fundado grupos heterodoxos en torno a la presencia de la mujer en la Iglesia de su tiempo. Que han traído al mundo, con autoridad femenina, otra forma de ser Iglesia.

En aquella estación, mi condición de feminista cristiana todavía me situaba dentro del círculo de la vida eclesial. El punto de inflexión llegó en 2003 con mi participación en el Sínodo de las Mujeres de Barcelona.

De ahí mi pertenencia a los grupos de mujeres de las comunidades de base.

De ahí mi posición en el umbral, mi continuo paso del centro a la periferia, mi asociación a los caminos de intentos de reforma de la Iglesia católica “desde dentro” y mi continuo mirar hacia afuera con toda la humanidad, compartiendo con tantas otras la búsqueda de “un dios distinto”, de ese “dios de las mujeres”, de la presencia Divina que, liberada de la prisión del Dios patriarcal, puede volar libre por las orillas de la historia, dejando nuevas huellas, caminando con nosotras también por el barro de los dramas de la humanidad, de los que sabemos que siempre puede surgir vida nueva.

El día que nace María

Celebramos la Natividad de **María** el 8 de septiembre, una de las fiestas marianas más antiguas. Dataría del siglo IV, en Jerusalén, y coincidiría con la celebración de la dedicación de la basílica de Santa Ana, construida en el lugar donde se cree que estaba la casa de **Joaquín** y **Ana**, sus padres.

En Occidente se celebró a partir del siglo VII por iniciativa de **Sergio I**, Papa de origen siríaco. Obviamente no sabemos cuándo nació María. Las fechas de su ciclo, como las del ciclo del Señor (y de San Juan), son todas hipotéticas y ligadas a ciclos astrales y/o agrícolas, felices transfiguraciones de fiestas paganas.

De María solo sabemos lo que nos dicen los apócrifos y no son datos “históricos” como tampoco lo son los de los Evangelios. Por tanto, el 8 de septiembre está vinculado a la piedad popular. Pronto el pueblo de Dios intentó llenar el silencio de los relatos evangélicos, prestando atención a detalles quizá imaginarios, pero edificantes. La celebración del nacimiento de la Madre del Señor se sitúa en esta tensión hacia acontecimientos reales de los que no sabemos dónde, cuándo y cómo. Sin su “sí” no habría habido encarnación. De ella parte la realización del plan de Dios, que la convierte en digna casa de su Palabra.

Estas razones teológicas de peso aumentan la veneración sin olvidar que, la presencia de María, constituye un correctivo a la lectura unívocamente patriarcal de la salvación. A través de ella, el pueblo de Dios ha recuperado ese “divino femenino” expulsado de las religiones del Libro. De ahí parte un apego desbordante hacia ella, a veces cercano a lo imaginario y supersticioso. Ante un fenómeno, a veces grave y preocupante, apenas diez años después del fin del Vaticano II, **Pablo VI** quiso que se redactara un documento que recondujera la devoción mariana. Se trataba de recopilar aquellas advertencias ya presentes en los números finales de *Lumen Gentium*. La constitución dogmática sobre la Iglesia había aceptado el tratamiento mariológico, restituyendo a la Iglesia a María la madre del Señor como su miembro eminente y singular, su tipo y modelo. **Pío XII**, un Papa de intensa devoción mariana, había advertido sobre la necesidad, no solo ecuménica, de abandonar toda exageración vana y crédula.

CETTINA MILITELLO

La fiesta de la Natividad habla de la fuerza subversiva del magnificat

El aumento de la atención hacia María se mezcla a lo largo de los siglos con manifestaciones imaginarias e imaginadas. La misma iconografía nos ofrece una manera diferente de mirar a la Madre del Señor. Primero, la inscribe en los ábsides subrayando su contigüidad con la Iglesia; luego durante siglos la asocia al Hijo, subrayando sus privilegios; finalmente en la modernidad vuelve a ser diseñada y destacada por sí sola y crece la devoción hacia ella en contraste con el minimalismo de la Reforma.

No es casualidad que, a nosotros, los católicos romanos, se nos haya acusado de haber sustituido al Espíritu Santo por un exceso de prerrogativas que, en verdad, le pertenecen. Se añade a esto la multiplicación de visiones verdaderas o supuestas, de peregrinaciones... por no hablar de las infinitas inflexiones con las que diversas familias religiosas se vinculan a María. En todo esto también necesitamos leer bajo la superficie una cierta visión de la mujer y de la madre como antídoto para el crecimiento de la conciencia de la mujer y su emancipación.

‘Marialis cultus’

La exhortación apostólica *Marialis cultus*, que celebra su 50º aniversario, promulgada el 2 de febrero de 1974, sigue siendo en mi opinión el documento más hermoso elaborado hasta ahora sobre la Madre del Señor. Se siente el entusiasmo conciliar y todo el giro antropológico típico de aquellos años. Por primera vez, fuera de los estereotipos devotos, se deja espacio a la imagen teológica de María. Pablo VI presta atención al “culto de la Virgen María en la liturgia”, según una doble estructura. Por un lado, “la Virgen en la liturgia romana restaurada” y, por otro, María como “modelo de la Iglesia en el ejercicio del culto”. Son verdaderamente sugerentes los números en los que la propone como Virgen que escucha, Virgen que reza, Virgen madre y Virgen que ofrece. “Modelo

de toda la Iglesia en el ejercicio del culto divino, maestra de vida espiritual de cada cristiano, María es sobre todo modelo de aquel culto que consiste en hacer de la propia vida una ofrenda a Dios”.

Con el objetivo de promover “la renovación de la piedad mariana”, el documento se desarrolla según tres notas y cuatro orientaciones. La “nota trinitaria, cristología y eclesial en el culto a la Virgen” recuerda la naturaleza del culto cristiano –siempre *ad Patrem per Filium in Spiritu Sancto*–, no sin un acento explícito en el Espíritu protagonista de la piedad como de la búsqueda teológica. Siguen, y es la parte más original, las “cuatro orientaciones para el culto a la Virgen: bíblica, litúrgica, ecuménica y antropológica”. Para Pablo VI es fundamental devolver a María al testimonio de la Escritura, así como es importante vincular la devoción hacia Ella con el tiempo litúrgico. No menos relevante es la necesidad, ya mencionada, de evitar todo lo que pueda obstaculizar el diálogo ecuménico. Para mi generación, el



Marialis cultus sigue ligado a la orientación antropológica. De hecho, allí se precisa que María no fue propuesta a la imitación de los fieles por el tipo de vida que llevaba ni por el ambiente en el que vivía, hoy obsoleto en gran parte del mundo, sino por “su condición concreta de vida adherida a la voluntad de Dios (Lucas 1,38); porque aceptó la palabra y la puso en práctica; porque su acción estuvo animada por la caridad y el espíritu de servicio; y porque, en definitiva, fue la primera y más perfecta discípula de Cristo”.

El Papa sabe bien cuáles son las dificultades y reservas que la naciente teología feminista opone a la imagen de María y, por eso, mismo distingue su imagen evangélica de las representaciones culturales de ella como madre virgen y casada. “La Iglesia –afirma– no está ligada a los esquemas representativos de las distintas épocas culturales ni a las concepciones antropológicas concretas en su base, y comprende cómo ciertas expresiones de culto, perfectamente válidas en sí mismas, son menos adecuadas para los hombres que pertenecen a épocas y civilizaciones diferentes” (n.36).

“Nuestra época está llamada a verificar su propio conocimiento de la realidad con

la palabra de Dios y a comparar sus concepciones antropológicas y los problemas que de ellas se derivan con la figura de la Virgen María, como propone el Evangelio. La lectura de las divinas Escrituras, teniendo en cuenta las adquisiciones de las ciencias humanas y las situaciones del mundo contemporáneo, llevará a descubrir cómo María puede ser considerada modelo de aquellas realidades que constituyen las expectativas de los hombres de nuestro tiempo”.

El resultado para las mujeres contemporáneas, deseosas de participar con poder de decisión en las elecciones de la comunidad, es el descubrimiento de María como mujer que dio a Dios su consentimiento activo y responsable y cuya elección virginal no significó cerrarse a los valores del estado conyugal. No fue una mujer ni sumisa ni alienada, al contrario, fue una mujer fuerte que conoció el sufrimiento, la pobreza, el exilio... En definitiva, una María que encarna los valores de la teología de la liberación contemporánea.

Todos los ejemplos de la Escritura demuestran cómo “la figura de la Virgen no defrauda algunas de las expectativas profundas de los hombres de nuestro tiempo y les ofrece el modelo completo del

discípulo del Señor: creador de lo terrenal y temporal, pero diligente peregrino hacia lo celestial y eterno; promotor de la justicia que libera a los oprimidos y de la caridad que ayuda a los necesitados, pero, sobre todo, testigo activo del amor que edifica Cristo en los corazones”.

La última parte ofrece “Indicaciones sobre dos ejercicios de piedad: el Ángelus y el Santo Rosario”.

La piedad

La exhortación termina recordando cómo la piedad hacia la Virgen María es un elemento intrínseco del culto cristiano. La devoción hacia ella es “una poderosa ayuda para el hombre en su camino. Ella, la nueva Mujer, está junto a Cristo, el Hombre nuevo en cuyo misterio solamente encuentra verdadera luz el misterio del hombre”. No es difícil ver en estas expresiones un eco de *Gaudium et Spes*.

Y las siguientes expresiones evocan de nuevo esta constitución: “Al hombre contemporáneo, frecuentemente atormentado entre la angustia y la esperanza, postrado por la sensación de su limitación y asaltado por aspiraciones sin confín, turbado en el ánimo y dividido en el corazón, la mente suspendida por el enigma de la muerte, oprimido por la soledad mientras tiende hacia la comunión, presa de sentimientos de náusea y hastío, la Virgen, contemplada en su vicisitud evangélica y en la realidad ya conseguida en la Ciudad de Dios, ofrece una visión serena y una palabra tranquilizadora: la victoria de la esperanza sobre la angustia, de la comunión sobre la soledad, de la paz sobre la turbación, de la alegría y de la belleza sobre el tedio y la náusea, de las perspectivas eternas sobre las temporales, de la vida sobre la muerte”.

Por extraño que nos parezca, *Marialis cultus* no fue bien recibida por las mujeres por su carácter innovador. Por otra parte, el Año Internacional de la Mujer, aunque se celebró en 1975, fue precedido en 1974 por la admisión a los ministerios “laicales” únicamente de *virgi probati*. En 1976 se publicaría *Inter Insigniores*, el documento que, dejando la cuestión abierta, invocaba la perpetua tradición de negar la admisión de las mujeres al ministerio ordenado.

Por lo tanto, una vez más, el énfasis en María, aunque expresado de acuerdo al giro conciliar, dejó a las mujeres al margen de la subjetividad eclesial, casi como si una sola mujer fuera suficiente. La fuerza subversiva del *magnificat*, si bien fue reconocida y subrayada, no fue suficiente para cambiar su posición eclesial.





Universidad Pontificia de Salamanca

UNIVERSIDAD DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

Comprometidos con un futuro excelente

     www.upsa.es

Universidad patrocinadora de este suplemento